LO QUE REDIME

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Félix Navarro Nieto

Y

Rafael Abellán

Estrenada en el Teatro "PÉREZ GALDÓS" de Las Palmas
la noche del 12 de Febrero de 1915



LAS PALMAS
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «CANARIAS TURISTA»
1915

LO QUE REDIME

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Félix Navarro Nieto
y
Rafael Abellán

Estrenada en el Teatro "PÉREZ GALDÓS" de Las Palmas
la noche del 12 de Febrero de 1915

LAS PALMAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «CANARIAS TURISTA»

1915

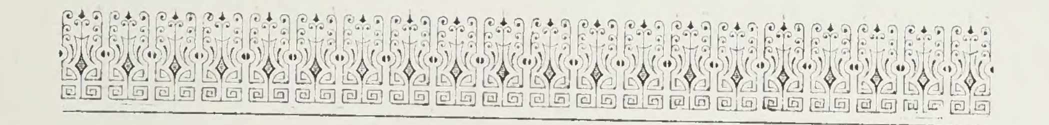


REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Margarita	Rafaela Abadía.
Elena.	Carmen López-Lagar.
Doña Soledad	María Millanes.
Una doncella	Josefina Valentine.
Fernando	Ernesto Vilches.
Alberto	Emilio Valentí.
Don Miguel.	Francisco Marimon.
Don Mariano.	Joaquín Pacheco.
Luis	Mariano Enriquez.
Un reporter	Victor Codina.
Obrero 1.°	Luis Wauden-Berghe.
Id. 2.°	Angel Sepúlveda.
id. 3.°	Agustín Povedano.
Un criado	José Homs.

EPOCA ACTUAL

DERECHA O IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR



ACTO PRIMERO

DECORACION: Gabinete amueblado con gusto y riqueza en casa de Don Mariano de Hinestrosa; puerta al foro que comunica con el antesalón de fiestas; mirador con cierre de cristales a la derecha; puerta primer término de igual lado; y otras dos a la izquierda. Sobre una mesita, un timbre.

ESCENA I

DON MARIANO Y DON MIGUEL

DON MIGUEL

—¡Estás dejado de la mano de Dios!

DON MARIANO

—Tal es mi carácter: sufrir por todo y por todos y lo que para la mayoría es un leve contratiempo, para mi constituye un disgusto hondo.

DON MIGUEL

—Pero ¿tu le has hablado?

DON MARIANO

—Alberto no atiende razones; díscolo desde pequeño con los años fueron creciendo sus instintos de rebeldía, endureciéndose su corazón al agitarse en ese mundo de ilusas quimeras, que aleja las almas del camino del bien y del amor y las conduce por el de los sofismas y delirios.

DON MIGUEL

—Esos espíritus impulsivos tienen la base tan poco sólida, que al mas leve soplo del viento de la contrariedad, vienen a tierra como fantásticos ídolos erigidos sobre quebradizo pedestal.

DON MARIANO

·—¡Precisamente lo que temo! Cuando él vea con indecible angustia, que sus sueños de bellas utopias, les desvanecen negras ingratitudes y bastardos egoismos de la vida real, ha de sufrir la cruel decepción que aniquila o enloquece.

DON MIGUEL

—¡No te alarmes! Dejal que suba a la cima de sus ideales, déjale que se remonte en alas de su fantasía; nosotros, cortaremos el majestuoso vuelo del aguila audaz y vendrá a dar con sus molidos huesos, en el cariñoso nido que despreció soberbio.

DON MARIANO

—¡No me extraña tu optimismo! Has tenido la suerte inmensa, de que tus hijos sean modelo y no conoces el dolor del padre que se sacrifica por los suyos y ve trocadas sus risueñas esperanzas en dolorosos desengaños.

DON MIGUEL

—¡Eso creen todos y tu con ellos! Pero ¡cuan equivocadosestais! He sabido ocultar bajo la máscara de una glacial indiferencia, un pesar íntimo que me abruma.

DON MARIANO

—¿También tu, mi pobre amigo?

DON MIGUEL

¡También! y no descubrí a nadie el secreto de mi pesadumbre, para evitar que mis lágrimas pudieran servir de mofa a la sociedad... y en la filosofía me atrinchero contra mi oculto dolor.

DON MARIANO

¡Yo te creí dichoso!

DON MIGUEL

—(Confidencial) ¿Ves que felices aparecemos, mi mujer mis hijos y yo? Pues en el fondo de nuestros corazones hay un dejo de amargura... Mi Margarita, la niña mimada, la que debió alegrar el hogar feliz de un hombre honrado, pretende apartarse del mundo; es una efinge, una nota de tristeza... ¡La enseñaron a pensar en el Cielo y se olvidó de la tierra!

DON MARIANO

—En cambio, mi hijo quiere dominar la tierra y no se acuerda del Cielo!

DON MIGUEL

—¡Que misterios entraña la vida! Porque ¿como te explicas tú, que hermanos educados en el mismo ambiente muestren tan distintas inclinaciones? Tu Elena y mi Luis, nos proporcionan esta dicha de hoy, uniendo sus almas apasionadas en vínculo eterno, mientras que Alberto y Margarita empañan nuestra ventura con sus desvaríos.

DON MARIANO

—¡Silencio! se acercan.

DON MIGUEL

—Pues nada, a presentar el rostro alegre, a prueba de indiscreciones, a mentir, a reir llorando y ...a matricularte en filosofía práctica que bien lo necesitas.

ESCENA II

(Dichos; Doña Soledad, Margarita, Elena y Luis, por primera izquierda)

DOÑA SOLEDAD

—Ese vestido de seda Liberty con aplicaciones de encaje Valecienne, es una verdadera maravilla.

ELENA

—Regalo de papá.

Doña Soledad

—Que le acredita de buen gusto.

Don Mariano

—Gracias, señora: trasladaré el elogio a la modista... en la primera ocasión.

Elena

—(A Margarita) Y a ti Margarita ¿que te parece?

Margarita

—Yo, todo lo encuentro bien, pero en cuestión de trajes prefiero los mas sencillos.

Don Miguel

—Esta, podría darte su autorizada opinión, si la hubieras preguntado por los bordados de alguna casulla o los frunces que debe llevar una sobre-pelliz... ¿verdad, hija mia?

Margarita

—(Con humildad) ¡Lo que tu quieras!

Luis

—No la atormentes papá. ¡Pobre Margarita!

Don Mariano

—¿Vamos, Miguel, a fumar un cigarro al jardín?

Don Miguel

—Buena idea... vamos... (salen foro)

ESCENA III

(Los mismos menos Don Mariano y Don Miguel)

Doña Soledad

—No hagas caso, monina, ¡caracter de tu padre! que hasta las cosas mas sagradas son temas de broma para él

Margarita

—Yo acato las frases mortificantes que todos me dirigen y las de mi padre con respeto y agrado las recibo.

ELENA

—¡Que buena eres!

MARGARITA

—¿Porque sufro con resignación las diatribas del prójimo? ¿Bah? Dios no admitiría en su reino las almas soberbias y El nos manda sufrir sin protesta las flaquezas humanas, como El mismo las sufrió por el amor de los hombres.

LUIS

—Pero, ¡cabecita loca! ¡siempre con tus éxtasis espirituales!

DOÑA SOLEDAD

—¡Hija mia! Es necesario que animes tu semblante, y que en un día como el de hoy, no turbes el placer de tus hermanos, el de tu padre, el mio...

MARGARITA

—¡Si yo estoy muy contenta! Quiero a Luis: quiero a Elena, ansio su felicidad, quiero a mis padres...

DOÑA SOLEDAD

—¡Quien lo duda! pero ese desaliento que en ti se nota a todos nos entristece. (pausa)

LUIS

—¿Has visto, mamá, el regalo de Fernando?

ELENA

—Original, como todas sus cosas. Un cupido sin venda y en la base una inscripción que dice:

«Al amor la amistad le dijo un día,
tu existencia sin mí triste sería».

DOÑA SOLEDAD

—¡Graciosísimo! ¡Que buen amigo!

MARGARITA

—No es torpe quien supo decir lo que halaga sin mostrar impiedad. Satifácele nuestra amistad y vuestro amor y ha tenido el humor de decirlo sin prosaismo que empalague.

Doña Soledad

—Verdad. ¡En el mundo, hay quien sabe cambiar la sombra en luz y el dolor en alegría.

Luis

—¡Si nena! Tu también podrías ser como nosotros almas que gozan y hacen gozar con su felicidad; palomita que alegrára las horas tristes de sus padres viejos; mariposa que girará en torno de un corazón noble y puro, quemando sus alas en la llama del amor.

Doña Soledad

—¡Dios lo hiciese!

Margarita

—(Con arrobamiento) ¿Y que amor mas sublime que el mio? Que amor encontrareis, mas grande?

Elena

—(A Luis) ¿Mas grande que el nuestro?

Margarita

—Mucho mas; el vuestro es transitorio como todo lo humano; el mio es inmutable; porque es divino.

ESCENA IV

DICHOS: Un criado, poco después Fernando

Criado

—(Anunciando) ¡El Sr. de Carvajal!

Luis

—¡Fernando!

Doña Soledad

—Nombrando al ruin de Roma...

Elena

—(Al criado) Pásele al salón y avise a los señores.

Luis

(Rectificando) No; aquí mismo (A Elena) Ya sabes que es

de confianza (Dirijese foro por donde aparece Fernando)

FERNANDO

¡Querido Luis! (Se abrazan) Elenita, mi mas cumplida enhorabuena.

ELENA

—Muchas gracias.

FERNANDO

(Saludando a Doña Soledad y Margarita) Señora; Margarita. (se sienta entre Doña Soledad y Luis; a los extremos Margarita y Elena.

LUIS

—Hace un momento hablamos de ti.

FERNANDO

—Para bien sería ¿eh?

ELENA

—Naturalmente; y hasta hubo quien hizo una calurosa defensa de Vd.

FERNANDO

—¿Necesité defensa? Acusado estuve.

DOÑA SOLEDAD

—Nada de eso; celebrábamos sus genialidades.

FERNANDO

—¿Y a quien debo el honor?...

ELENA

—¡A Margarita!

FERNANDO

—¿Usted?. ¿Un angel defendiendo al diablo? Porque yo para usted debo ser, algo así, como el demonio vestido de etiqueta y frecuentando los salones.

MARGARITA

—¡Oh! ¡No por Dios! Alabé unicamente su discreción al ofrecer el regalo.

FERNANDO

—¡Soberbio; hoy estoy de suerte.

LUIS

—(Riendo) Y dijo que no eras impio.

FERNANDO

—(Aparentando una afectada gravedad) ¿De que te ries? Margarita tiene razón. Impiedad es, lo que haceis con tu hermana, pretendiendo arrebatarla al divino esposo que ella ha elegido... en cambio, yo la defiendo, la amparo, si fuera menester.

MARGARITA

—(Nerviosa) ¡Gracias!

FERNANDO

—(En el mismo tono que antes) El mundo con sus falacias y maldades queda para nosotros, para los que tenemos obligación de luchar por la vida y vencerla entre alegrías y sinsabores; los espíritus escojidos se esconden de nosotros, sepultándose en esas casas silenciosas, lejos de todo ruido, lejos de todo amor, ante cuyos muros santificados por la fé, el dolor humano se detiene, elevándose las almas encerradas tras ellos, a los infinitos espacios donde moran la virtud y la santidad. (aparte a Luis) apúntame algún latinajo para que me resulte mas redondeado el discursito.

LUIS

—(Aparte a Fernando) ¡Bravo chico!

ELENA

—(En ayuda de Margarita, que durante el párrafo de Fernando ha dado muestras de nerviosidad al comprender la ironía) Mal se compaginan sus palabras con su conducta, Fernando.

MARGARITA

—(Agresiva) Es el modo de demostrar el excepticismo «enragé» de que blasona.

FERNANDO

—No, Margarita, no. Mi excepticismo corre parejas con

su fanatismo; son hermanos gemelos; queremos que el mundo les vea y les admire; algo así «como un sport» y del cual nosotros, a lo menos yo, no estamos convencidos. Depende de la forma en que cada uno vemos la vida.

MARGARITA

—Entonces es un excepticismo sui géneris el de usted.

FERNANDO

—(Riendo) Le derniere cri de los excepticismos.

DOÑA SOLEDAD

—¡Vamos! un comodín inofensivo.

FERNANDO

—Pero que con ustedes no uso.

LUIS

—(Jovial) ¿Lo dices para que te lo agradezcamos?

FERNANDO

—(Serio) Lo digo porque es así: he creido encontrar en vosotros, ese algo que necesita el hombre donde depositar sus penas y esplayar sus alegrías... y ya ves, chico, aquí me tienes dispuesto a presenciar con toda la seriedad posible, un acto que considero acreedor a la mas acerada de mis ironías... si no fueráis Elena y tu los protagonistas.

DOÑA SOLEDAD

—¡Pues hace un momento sostenía usted lo contrario.

MARGARITA

—¡Y criticaba mi modo de pensar!

FERNANDO

—¿Criticar? ¡No! ¡Compadecer! Un corazón ardiente, un alma grande que sería capaz de los mayores heroismos y de las mas sublimes abnegaciones, como los de usted, Margarita, no tiene derecho a huir de la vida: a fundar un hogar y sostenerlo con su fortaleza, esa es la misión de la mujer.

ELENA

—¿Usted que sabe de eso?

FERNANDO

—¿Porque no he de saber?

MARGARITA

—Porque usted, mil veces nos ha dicho que sus estudios y la lucha por la existencia le han alejado del trato femenino. Y un hombre que se ha pasado la vida en las salas de anatomía o en los hospitales pulsando enfermos, no es el mas apropósito para dar su opinión en cuestiones de amor. ¡Sabrá Vd. mucho de dolencias del cuerpo, pero muy poco de las del alma!

FERNANDO

—(Con extrañeza) Nada de amor se dijo, ni de amor se hablaba; pero sí puedo decirle que tiempo tuve para juzgar a la mujer, sino como actor, como espectador inteligente, que observa y analiza hechos.

MARGARITA

—Para deducir quizas, que la mujer es un ser inferior; y probando a su capricho, que el alma femenina tiene la insconstancia por norma y la volubilidad por guia.

FERNANDO

—No tanto; pero aprendí a dudar del amor de ellas.

MARGARITA

—¿Y donde aprendió Vd. eso?

FERNANDO

—Está en todas las páginas de mi experiencia, llenas de desengaños y desilusiones.

MARGARITA

—¿Y en ninguna de ellas encontró la mujer firme y amante?

FERNANDO

—En ninguna.

MARGARITA

—(Con amargura) En vano sería que usted la buscase.

FERNANDO

—¿Porque razón?

MARGARITA

—(Exaltada) Porque no puede haber firmeza en la que tiene condición de esclava, y la mujer siempre lo ha sido. Que ustedes los hombres la consideran como ser inferior, que no tiene derecho ni a pensar ni a sentir con voluntad libre; que no puede elegir porque carece de libertad, y si no se somete a ese estúpido convencionalismo se la marca con el estigma de la liviandad o de la locura: (Se levanta y sollozando se sienta alejada de todos).

DOÑA SOLEDAD

(Sorprendida) ¡Margarita! (Doña Soledad, Elena y Luis se dirigen a Margarita, pero Fernando los detiene llevándolos al proscenio).

FERNANDO

—Dejenla que desahogue su corazon! Pobre niña buena que sufre en silencio! ¡También los médicos sabemos curar otras enfermedades que las de la materia y yo la salvaré!

DOÑA SOLEDAD

(Con ansiedad) ¿Pero que ocurre?

FERNANDO

—Que hace tiempo vengo sondeando su alma y al fin nos muestra el dolor que lleva impreso en ella. Mis ironías han actuado de cantárida.

DOÑA SOLEDAD

—¡No entiendo!

ELENA

—¿Que tiene?

FERNANDO

—Margarita está enamorada.

DOÑA SOLEDAD

—(Con resignación) Si: de Dios.

FERNANDO

—No; de los hombres... mejor dicho del hombre.

LUIS

—¡Imposible!

ELENA

—¿De quien?

FERNANDO

—Mi diagnóstico por hoy, no puede llegar a más Tengan ustedes confianza en mi; yo me encargo de su curación.

ESCENA V

DICHOS: Don Mariano y Don Miguel: despues un criado

DON MARIANO

—¡Si está aquí Fernando!

DON MIGUEL

—¡Ola, querido!

FERNANDO

—Aquí me tienen ustedes.

DON MIGUEL

—Desarrollando algún curso de escepticismo.

FERNANDO

—Hoy me he dedicado a la anatomía.

DON MARIANO

(Al fijarse en Margarita que trata de ocultar el rostro) ¡Margarita! ¿Llora? ¿que tiene?

DON MIGUEL

—Algún arrechucho místico, de seguro.

CRIADO

—(Anunciando) Los Señores de Vatilerra.

DON MARIANO

—Que pasen al salón y diga al señorito Alberto que le estoy esperando (sale el criado).

ELENA

—(A Soledad) ¿Vamos a recibirles?

DOÑA SOLEDAD

—Vamos (a Margarita) Cálmate, hija mia.

DON MIGUEL

—Id: que enseguida somos con vosotros. (salen por foro Doña Soledad; Elena, Margarita y Luis)

ESCENA VI

(Don Mariano, Don Miguel, Don Fernando, poco despnès Alberto)

DON MIGUEL

—(A Fernando) Vamos a ver, con franqueza; ¿cuantos sanos has enfermado y cuantos enfermos has matado desde la última vez que nos vimos?

FERNANDO

—¡Siempre el mismo humor!

DON MIGUEL

—Ya sabes que soy muy aficionado a las estadísticas y no me gusta dejar las fechas retrasadas.

ALBERTO

—(Por la izquierda) ¿Llamabas papá? Adios Don Miguel. ¡Hola, Fernando! (Después de saludarlos pasa a segundo tèrmino donde está Don Mariano) ¿Querías algo? (A Don Mariano).

DON MARIANO

—Si; hijo mio; son las cuatro y dentro de media hora es la ceremonia; deseo que estés presente y te queda el tiempo justo para vestirte.

ALBERTO

—¡Tenía tanto que hacer!

DON MIGUEL

—(Aparte a Fernando) ¡Claro! Poco trabajo que cuesta arreglar el mundo!

FERNANDO

—¿Pero aún sigue con sus manías!

DON MIGUEL

—¡Si, hombre! Tiene una sagrada obligación que cumplir. La redención del proletariado: ¿Te parecepoco?

DON MARIANO

—(A Alberto) ¿Has arreglado lo del sobre-jornal de los obreros de la fábrica?

ALBERTO

—No lo admiten. Es una limosna que ellos no han pedido.

DON MARIANO

—¿Pero no fuistes tu mismo?...

ALBERTO

—Yo te pedi para ellos, aumento firme en el salario, disminución de horas de trabajo...

DON MARIANO

—Pues siempre han tenido menos jornal que ahora y bien felices eran. ¡No comprendo la imposición!

DON MIGUEL

—(Aparte a Fernando) ¿Que dices? ¿Enamorada?

FERNANDO

—Es casi seguro.

DON MIGUEL

—¿Pero de quien?

FERNANDO

—Lo ignoro...Pero ya nos enteraremos.

DON MARIANO

—(Aparte a Alberto) No estoy dispuesto a transigir mas.

ALBERTO

—¿Es tu última resolución?

DON MARIANO

—¡Si! Irrevocable. (Sale Alberto primera izquierda).

ESCENA VII

Los mismos menos Alberto

DON MARIANO

—¡La eterna canción! ¡Y es él, él mismo quien los incita!

DON MIGUEL

—¿Que ocurre?

DON MARIANO

—Los obreros de la fábrica, impulsados por mi propio hijo, me amenazan con una huelga hoy mismo, sino accedo a sus intransigencias.

FERNANDO

—(Aparte a Don Miguel) Ese es otro enfermo, otro caso de misticismo; peor acaso, el rojo; pero a ese las cantaridas agravarían la enfermedad, será preciso emplear el bisturí.

ESCENA VIII

Dichos; y Rodolfo Gutierrez por el foro

GUTIERREZ

—Con permiso; ¡Señores! (Saludando).

DON MIGUEL

—Se saluda al digno representante de la prensa.

FERNANDO

—Ya me suponía yo que era imposible, la celebración de una fiesta sin que usted penetrase en los salones, para escribir su imprecindible revista en EL ESTANDARTE.

DON MARIANO

—Viste mucho salir en letras de molde.

GUTIERREZ

—(A Fernando) No puede usted figurarse la importancia que dan a un diario las notas de sociedad.

DON MIGUEL

—Como que las señoras es lo primero que leen.

FERNANDO

—No todas; las hay que se dedican a los cultos.

GUTIERREZ

—Otras a la sección de modas; según; pero la mayoría son eclécticas.

FERNANDO

—¡Justo! Y lo gracioso es que precisamente ese mundo elegante que disfruta de las comodidades de la vida, enloqueciendo en el torbellino de las pasiones, es el que acude a implorar la misericordia de Dios y obedeciendo a los impulsos de su conciencia se postra contricto al pie del altar pidiendo perdón a sus culpas para volver a reincidir al dia siguiente en la misma falta.

DON MIGUEL

—Si hombre; ya lo dijo el poeta:

Pecar, hacer penitencia,
y luego, vuelta a empezar

DON MARIANO

—La tela de Penélope.

FERNANDO

—(A Gutierrez) ¿Se trabaja mucho?

GUTIERREZ

—Lo indecible: porque el adelantar una noticia constituye el éxito de información y tal como vá poniéndose la política, dentro de poco tendremos que ir los reporters en areoplanos detras de los Ministros.

FERNANDO

—Me parece poco. Los hay que corren mas que Vedrines.

DON MIGUEL

—Y algunos se pierden de vista.

GUTIERREZ

—No lo crean ustedes. En cuanto ven a un periodista enseguida aterrizan. Hoy los hombres mas ilustres están pendientes de los grandes rotativos.

DON MIGUEL

Y de los reyes del magnesio. Conozco varios diputados que aceptan cuantos «interwieu» les solicitan poniendo por condición que al reporte le acompañe el fotografo.

GUTIERREZ

—Cierto.

DON MIGUEL

—Los trato muy de cerca.

GUTIERREZ

—¿A que en las informaciones, no han visto nunca retratado de frente un senador.

DON MARIANO

—¿Y por qué?

GUTIERREZ

—Porque buzcan coquetamente el escorzo para disimular las arrugas. (ríen)

UN CRIADO

—(Por foro) Acaba de llegar el señor notario.

GUTIERRES

—(Sacando el blok y el lápiz, escríbe) ¡Magnífico! Toma de dichos, novia bellísima, testigos ilustres. Salón expléndido. Fiesta brillante... ¡nada! una crónica superior; agoto los adjetivos y éxito seguro.

DON MIGUEL

—Oiga amigo, ¿Y como sabe usted todo eso si no lo ha presenciado?

GUTIERREZ

—¡Ah!, los periodistas, si tuviésemos que escribir unicamente las cosas que vemos (marcha con Fernando hacia el salón)

FERNANDO

—¿Afiló bien el lápiz?

GUTIERREZ

—Descuide. El artículo será sensacional.

DON MIGUEL

—(A Don Mariano) ¿Que te ocurre?

DON MARIANO

—Estoy impaciente. Alberto no llega.

DON MIGUEL

—No te desesperes. Ten calma,... filosofía.

Don Mariano

—Me temo alguna de las suyas ¿porque se retrasa tanto? Un presentimiento tortura mi corazón.

Don Miguel

—No seas niño. Mariano, tu hijo vendrá. (salen foro)

ESCENA IX

Alberto por primera izquierda, después criado por foro

Alberto

—¡Irrevocable! ¡Si! La entereza de su carácter no deja esperanza alguna (toca el timbre)

Criado

—¿Llama el señorito?

Alberto

—¡Si! ¿Y mi padre?

Criado

—En el salón con todos los señores.

Alberto

—¿Ha venido alguien de fuera a preguntar por mi?

Criado

—Julián y otro obrero me dijeron que comunicase a Vd. que deseaban verle.

Alberto

—Llégate a la fábrica, y diles que suspendan os trabajos y que me esperen en la sala de máquinas.

Criado

—¿Quería algo mas el señorito?

Alberto

—No.

CRIADO

—Pues enseguida (sale criado)

ALBERTO

—¡Que terrible batallar el de mi alma, al chocar en abierta contradicción mis dos grandes afectos; duda que al torturar mi corazón enerva mi espíritu (dirígese hacia foro)

ESCENA X

Alberto y Margarita, por foro

MARGARITA

—¡Alberto!

ALBERTO

—¡Como! Abandonas la fiesta?

MARGARITA

—El salón está lleno; me sofoca aquel ambiente; no es mi centro.

ALBERTO

—¡Curiosa coincidencia! Por causas distintas tu vuelves y yo no acudo.

MARGARITA

—¡Haces mal! Tu padre está sufriendo y extraña tu inexplicable ausencia... ademas, es Elena la que firma su contrato de esponsales, tu hermana que tanto te quiere.

ALBERTO

—¡Si!; pero creeme, Margarita, ella y tu hermano Luis no se acuerdan ahora de nadie, piensan solo en su futura dicha, sueñan con verse unidos para siempre y al realizar su ventura dan al olvido las penas de nosotros.

MARGARITA

—¿De nosotros? ¿Sabes tu si yo las tengo?

ALBERTO

—Sí y tan profundas como las mías.

MARGARITA

—Tal vez te equivoques.

ALBERTO

—¡No; nos conocemos hace muchos años! ¡De niños hemos jugado tanto en el jardín de esta casa! Nuestras almas tienen tal comunidad de sentimientos, que a pesar del tiempo transcurrido siempre rememoran idénticas añoranzas de aquella edad. ¿Te acuerdas? ¿te acuerdas?

MARGARITA

—Los dulces tiempos de la alegre infancia se recuerdan con un halago que seduce (pausa): Grabada está en mi memoria aquella tarde en que ví revolotear una brillante mariposa y desalentada corrí en pos de ella. ¡Lo que yo trabajé para aprisionarla entre mis manos! Se posaba en una flor y muy despacito iba yo de puntillas, silenciosa, palpitante de ansiedad, y cuando la creía en mi poder, rápida extendia sus pintadas alas y volaba... volaba en caprichosos giros, hasta que rendida volvía a posarse sobre los petalos de otra flor y así, ella volando y yo corriendo, la perseguí con tal saña que al fin logré mi deseo, porque aproveché un descuido... pero al estrecharla entre mis dedos apreté convulsa y quedó reducida a un polvo sutil y deleznable de plata y oro. ¡Que pena!

ALBERTO

—¡Dolor inocente!

MARGARITA

—¡Si supieras que angustia me produjo al contemplarla deshecha! No pude contener el llanto, y corrí al re-

gazo de mi madre acongojada por un infinito desconsuelo.

ALBERTO

—¡Por que cosas tan nímias se sufre de niños!

MARGARITA

—No era tan nimia la causa. La bella mariposa en aquel momento constituía mi única ilusión, mi único anhelo y al desvanecerse, sentí la pesadumbre, de los grandes dolores. (pausa)

ALBERTO

—Ahora ya no son mariposas las que revolotean atrayendo nuestra atención; son ideales y pasiones las que surgen ante nosotros, y al querer aprisionarlas, como a la mariposa de tu cuento, se alejan y las vemos siempre un poquito mas allá.

MARGARITA

—¡¿Y quien sabe si la felicidad estará en no alcanzarlas nunca?!

ALBERTO

—Tal vez al conseguirlas tengamos la decepción de verlas convertirse en polvo sutil de plata y oro, como tu mariposa de pintadas alas.

MARGARITA

—Por eso renuncio a toda lucha; aquella fué una lección que no olvido; que me dejó el perenne amargor que desilusiona y por eso quiero buscar en él aislamiento, una tranquilidad que la vida mundana no puede ofrecerme: ¡En cambio tu...!

ALBERTO

—En cambio yo, prefiero la derrota antes que abandonar la lucha. Quiero vivir y luchar por los que sufren, por los oprimidos; quiero ser uno mas de los que levantan su voz en favor de los desheredados, de los parias.

MARGARITA

—(Levantándose e interrumpiéndole). ¡Tienes razón! Sigamos cada cual nuestro camino. Pero no olvides que hay inconsciencias que pueden acarrear la desgracia de los tuyos, sin beneficio para los que pretendes defender.

ALBERTO

—(Irónico). ¿Y cuales son los míos? ¿Los que celebran en el expléndido salón el fausto suceso de familia?

MARGARITA

—Son los que te enseñaron a balbucear las primeras palabras y guiaron tus primeros pasos por el sendero de la vida; los que sembraron en tu corazón la semilla del bien, engarzada en las piadosas frases de una dulce plegaria.

ALBERTO

—(Exaltado) Los míos son los que padecen, los que ahogan en su garganta, por miedo a perder el mísero jornal, sus justicieros gritos de rebeldía; los que lloran en silencio si son prudentes, o se arrastran suplicantes pordioseando una limosna, si son cobardes; los que amasan con el sudor de su frente el aúreo pedestal sobre el que los poderosos nos elevamos. Aquí el lujo, la alegría, los que rien los que gozan disfrutando las comodidades de un suntuoso palacio. Allí (marcando para el mirador), la miseria, el dolor, los que gimen ocultamente, los que sufren y están sugetos a la bárbara esclavitud reglamentada, aprisionados entre los negros muros de la fábrica.

—Mi corazón rebosa amor hacia ellos porque son humildes y por que son buenos; yo les sacrificaré en el altar de sus aspiraciones la ventura de mi hogar y si preciso fuera hasta la propia vida daré en holocausto de su redención. ¡No más dudas!

MARGARITA

—¿Que dices? me asustas.

ALBERTO

—¿Me crees loco?

MARGARITA

—Te juzgo temerario. (Pausa señalando). ¿Pero no vas allí? comentarán tu ausencia.

ALBERTO

—Si, voy; adios, ¡Margarita!.

MARGARITA

—Adios, Alberto! (Sale Alberto foro) (Margarita sigue con la vista a Alberto, hasta que desaparece, después se sienta triste, en primer término).

ESCENA XI

(Margarita, Doña Soledad, Don Miguel y Fernando)

DOÑA SOLEDAD

—¡Aquí está Margarita! ¿que tienes?.

MARGARITA

—Un mareo; el mucho calor que allí hace... pero ya me ha pasado.

FERNANDO

—A ver. ¿Se encuentra usted mal?.

MARGARITA

—No; no; les digo que ya estoy mejor.

DOÑA SOLEDAD

—Estás pálida, hija mía.

DON MIGUEL

—¿Quieres que te traigan un poco de agua?

MARGARITA

—No; iré yo a tomarla, (se levanta marchando por primera derecha) (Ap) ¡Cuanto sufro!

ESCENA XII

Doña Soledad Don Miguel y Fernando.

FERNANDO

—No cabe duda alguna. Su voluntad de hierro le ha permitido fingir, hasta el punto de que ni ustedes mismos, sus padres, han podido apercibirse. Vuelvo la vista a todas partes y no encuentro el porqué. Vds. no la han conocido ni el más leve flirteo con ningún hombre ¿no es eso?

DOÑA SOLEDAD

—Con ninguno, que yo recuerde, y por lo tanto creo que ha sido una equivocación el suponer....

FERNANDO

—Estoy seguro de que nó. Fué estallido de un corazón fuertemente encadenado por un heróico disimulo..... y el corazón de una mujer cuando se rebela es un delator para el que no hay mordazas.

DON MIGUEL

—Lo que no comprendo es el interés de Margarita por ocultar su amor. ¿Será porque lo juzgue criminal?

FERNANDO

—O tal vez porque lo considere imposible. De todos modos yo les prometo a Vds., desentraña el enigma, curarla de esa afección tan honda que acabaría por matarla.

DOÑA SOLEDAD

—Dios se lo pague.

FERNANDO

—Bien pagado estoy con la amistad de Vds. Más; con el cariño que demostraron siempre a este pobre náufrago de la vida al que ampararán y protegieron.....

MIGUEL

—Mira, chico, no te pongas sentimental porque perderemos las amistades; todo lo debes a tu talento.

FERNANDO

—¿Que hubiera sido de mi sin la magnanimidad de Vds.? (Les estrecha las manos con cariño).

ESCENA XIII

(Los mismos Don Mariano, Elena y Luís, Reporters, algún invitado.)

DON MARIANO

—(Entre Elena y Luis que van cogidos de su brazo). Dios os bendiga hijos míos, por la felicidad que proporcionais a este pobre viejo.

GUTIERREZ

—¡Que grupo más encantadoramente familiar! lástima del magnesío.

DON MIGUEL

—(Fingiendo enojo) Muy bonito. Todo para él como si uno aquí no fuera nadie.

ELENA

—(Desprendiéndose del brazo de Don Mariano y abrazando a Don Miguel y Doña Soledad). Hay para todos; reparto equitativo.

Don Miguel

—¿Reparto equitativo?. Eso lo has aprendido del demagogo de tu hermano: Y donde se ha metido ese galopín?.

Don Mariano

—Fué un momento por el salón y no le he vuelto a ver. Hoy le eucuentro más preocupado que nunca.

ESCENA XIV

(Dichos y un criado)

Criado

—Una comisión de obreros de la fábrica, desea hablar con el señor.

Don Mariano

—Diles que hoy no recibo.

Criado

—Así se lo hice presente, pero el señorito Alberto me ordenó que les franqueara la entrada.

Don Mariano

—Está bien.

Criado

—¿Les llevo al despacho?

Don Mariano

—(Despnés de meditar un momento). No; aqui mismo. (Sale el Criado). Es preciso terminar de una vez. Delante de todos vosotros tomaré la resolución más grave de mi vida.

Don Miguel

—¿Que piensas hacer?

DON MARIANO

—Arrancar a mi hijo de las garras revolucionarias, salvarle aun que para ello labre mi propia ruina, cerrando la fábrica para quitarle todo contacto con los que moldean su alma en la ingratitud y en la infamia.

ESCENA XV

—(Los mismos: 3 obreros; después Margarita y Alberto. La situación de los personajes, en esta escena, es la siguiente: Doña Soledad, Fernando y Don Miguel a la derecha primer término, Don Mariano segunda izquierda cerca de la puerta del foro por donde espera a los obreros. Elena y Luis a su lado, reporter e invitados izquierda primer término. Los tres obreros que al llegar se encuentran con tanta gente, se muestran recelosos).

DON MARIANO

—¿Que deseais?.

OBRERO 1.º

—Hablar con el señor reservadamente.

DON MARIANO

—¿Porqué no aquí mismo?

OBRERO 2.º

—(Al ver que el obrero 1.º no contesta). Nos es igual; venimos a decirle que comisionados por nuestros compañeros anunciamos a Vd. la huelga inmediata si no accede a nuestra propuesta de disminución de horas de trabajo y aumento de jornal.

DON MARIANO

—(Con ironía). ¿Y no habéis encontrado día ni ocasión más propicia que esta para imponerme vuestras condiciones?. ¿Qué os falta?. ¿Qué agravio tenéis de mi?. ¿No atendí

siempre vuestras súplicas cuando venían investidas de un espíritu de justicia y aún me excedí en la dádiva?. ¿Y eres tu, Julián (Al Obrero 2.º). el niño sin padres que en mi casa aprendió a ser hombre, el que paga con ingratitudes el bien que le hize amparándole y dándole albergue?

OBRERO 2.º

—(Después de un momento de confusión). Yo... No... Pero, diré a Vd., el obrero tiene que dejar de ser esclavo para convertirse en hombre consciente de sus derechos.

DON MARIANO

—(Irónico). Admirable. ¿Y quien os enseñó esas frases tan sublimes?

OBRERO 3.º

—¡Alberto!.

DON MARIANO

—(Ofendido en su orgullo). ¿Como?. Don Alberto, habrás querido decir. ¡Canalla!.

ELENA

—(Suplicante). Papá. ¡Por Dios!

OBRERO 3.º

—El no quiere que le llamemos mas que así. ¡Si todos los burgueses fueran como él. (Margarita aparece en la puerta derecha, desde donde presencia la escena).

DON MARIANO

—(Exaltado). Pues oid y decídselo a vuestros compañeros. Desde este momento queda cerrada la fábrica; bien os consta que la interrupción de los trabajos, al apagar los hornos, ocasionan mi ruina; yo la acepto. No quiero más víboras a mi lado. (Señalando la puerta). ¡Salid; fuera, fuera de mi casa!.

ALBERTO

—(Que durante el último parlamento de Don Mariano estaba escuchando detrás de los obreros les separa bruscamente). ¡Y yo con ellos! (A los obreros). Al lado vuestro; con los débiles. Naci entre los potentados, pero rompo los lazos que a ellos me sujetan para irme con los humildes; mi conciencia me lo impone...

DON MARIANO

—(Abrumado). ¡Hijo mío!. Reniegas de la casa que te vió nacer; escarneces las canas de un padre que te ama. ¡Que Dios te perdone! (Se sienta sollozando en un sillón, rodeándole Luis, Elena y Gutiérrez).

OBRERO 1.°

—(Al observar que Alberto tiene un momento de vacilación). Este es el momento!. Si le falta valor....

ALBERTO

—¡No!. Vamos. (Sale Alberto seguido de los tres obreros).

DOÑA SOLEDAD

—¡Es un miserable!

FERNANDO

—¡Es un loco sublime!

MARGARITA

—(Con acento desgarrador). ¡Aberto! Alberto!... (Se detiene en el dintel por donde han salido Alberto y los obreros).

FERNANDO

—(Al observar a Margarita la muestra a Doña Soledad y a Don Miguel). ¡Diagnóstico completo!

DON MIGUEL

—¿!Acaso¡?.

DOÑA SOLEDAD

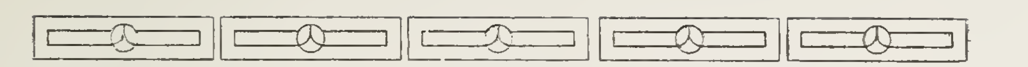
¡¿Él?!...

FERNANDO

—(Con tristeza).¡Él!. ¡Sí!, pero la enfermedad se complica. Pronóstico grave.

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO.



ACTO SEGUNDO

DECORACION: Terraza en casa de Luis de Guzmán; barandal de mármol al foro, con rompimiento en su centro por donde se pasa al jardín; sobre el barandal y repartidas convenientemente por la escena, macetas, flores, enredaderas, etc; sofas, sillas y sillones de mimbre; mecedoras; en el centro un velador con periódicos, libros; dos puertas practicables a la derecha, una grande a la izquierda en ángulo (2.º término) que da al exterior de la casa; otra también practicable primer término de igual lado.

La acción: tres años después del primer acto.

ESCENA I

Elena, (arreglando las flores), Luis (ojeando periódicos y libros).

ELENA

—Estas hortensias, cuanto más esmero pongo en su cuido, más raquíticas crecen.

LUIS

—¡Como todo lo que se mima!. El excesivo cuidado conque las tratas, no las deja crecer; ese es mi temor por nuestro hijo; le mimas demasiado y no es conveniente. Desde pequeños hay que enseñar a los niños a ser hombres y que se acostumbren a sufrir contrariedades con sereno ánimo.

ELENA

—(Dejando las plantas y acercándose a Luis). De eso te encargarás tú; yo no sería capaz de privarle del mas insignificante de sus caprichos.

LUIS

—Y acabarias por sacar de él, o un apocado o un voluntarioso... sin voluntad, como tu pobre hermano.

ELENA

—¡Pobre Alberto!. Hoy no le he visto por aquí.

LUIS

—No ha salido de su habitación: Fernando está con él. Sabe que anda tu padre por el jardín y evita su encuentro.

ELENA

—Quizás el remordimiento, la vergüenza...

LUIS

—¿Remordimiento?. ¡Ya! ¡ya!. Esos tres años de ausencia con toda su cohorte de desengaños y desilusiones !maldita de Dios la cosa de que le han servido.

ELENA

—Conmigo se muestra siempre muy reservado.

LUIS

—¡Y con todos!. No hay quien le saque de ese mutismo huraño, mas que huraño, agresivo... solo con Fernando tiene algunos momentos de expansión.

ELENA

—¿Y que dice?.

LUIS

—Se lamenta de que le trajéramos Fernando y yo aquí, cuando regresó del extrangero, sacándole casi a viva fuerza de aquel triste cuartucho, a punte de perecer de fie-

bre y miseria...; otras veces llora, silencioso, con pena hondísima, pero nunca ha dejado traslucir en su rostro el gesto de la satisfacción ni aún el del arrepentimiento.

ELENA

—Desde que se levantó de la cama despues de su enfermedad, siempre le veo triste, melancólico, afligido, diciendo incoherencias... ¡Luis mio! ¿Irá a volverse loco?.

LUIS

—Fernando lo temió en un principio, cuando tuvo aquellos delirios, ocasionados por la fiebre nerviosa; ahora asegura que está completamente sano.

ELENA

—¡Pero, esa aflicción, esa tristeza!...

LUIS

—Son indicadoras de que algo medita y ese algo ha de ser necesariamente grave, como todos sus pensamíentos.

ELENA

—¡Dios mio! ¿Que será?.

LUIS

—¡No sé! Parece que quiere ocultarse de todos, huir de nosotros, marchar en busca de nuevas andanzas... ¡que se yo!.

ELENA

—(Con angustia). ¡Oh, Luis mio! Tu no se le consintirás ¿verdad?. A mi padre le costaria la vida; la pobre vida, ya agostada por los años y los sufrimientos... ¡por mí, por nuestro hijo, impídelo!...

LUIS

—Tranquilizate; haré hasta lo imposible por retenerle,

pero como esos sean sus propósitos saltará por todo, ¡ya le conoces!

ELENA

—¡Dios no lo quiera!.

ESCENA II

—(Dichos; Doña Soledad, D. Miguel y Margarita, por segunda ízquierda).

DON MIGUEL

—¿Sabeis que para entrar en vuestra casa hay que pedir permiso o toser por lo menos?. Mas de tres años de casados y parece que estais en la luna de miel. (Besa a Elena y abraza a Luis; Doña Soledad y Margarita. lo mismo).

DOÑA SOLEDAD

—Eso les reprochas?

DON MIGUEL

—No les reprocho que lo hagan, sino que den lugar a que lo veamos los demás.

LUIS

—(Cariñoso) Papá, ¡por Dios, que sacas los colores a Elena!.

ELENA

—¡Estábamos hablando, como siempre, de él, de Alberto!.

DOÑA SOLEDAD

—¿Y como sigue?.

ELENA

—Fernando le entuentra bien; con él está ahora.

MARGARITA

—Es un médico de los que equivocan pocas veces.

DON MIGUEL

—(A Elena) Y tu padre ¿ha venido?.

ELENA

—Si; en el jardín está.

DOÑA SOLEDAD

—¿Y el niño?.

LUIS

—En el jardín también; en cuanto llega su abuelo le secuestra y no hay manera de verle.

DON MIGUEL

—¡Vamos allá! Ya que la montaña no viene a nosotros, vayamos nosotros a la montaña.

LUIS

—Vamos.

ELENA

—Me quedo un momento, para acabar de arreglar estas macetas.

MARGARITA

—Y yo contigo. (Salen foro D. Miguel, Doña Soledad y Luis).

ESCENA III

(Elena recortando unas flores y Margarita sentada)

ELENA

—Mira que hermosos se han puesto aquellos claveles, que trasplantamos esta primavera.

MARGARITA

—(Como distraida). Si.

ELENA

—(Acudiendo) ¿Que tienes Margarita?.

MARGARITA

—Nada!.

ELENA

—¡Nada!. ¿Crees que no sufrimos, viéndote sufrir? Podrán tus labios decirnos una cosa, pero tu corazóu se asoma a tus ojos y les desmienten.

MARGARITA

—Dime, Elena ¿porqué tratais de ocultarme todo?. Cuando estais hablando de él y llego yo, enmudeceis como obedeciendo a una consigna. ¿Porqué?.

ELENA

—No comprendes que todos sabemos lo mucho que le amas?.

MARGARITA

—¡Y me juzgais como a una niña, a la que no se nombra el juguete que no la pueden dar, para ver si le olvida!.

ELENA

—No es eso, Margarita. Seria crueldad referirte el carvario que Alberto ha recorrido en estos tres años.

MARGARITA

—¿Y creeis que con el silencio acallais mi dolor? Con uada se acrecenta ni con nada se disminuye; mi dolor es ya tranquilo, suave; el mas profundo y el mas superficial al mismo tiempo; el de la resignación. ¡Supisteis arrancar de mi alma dormida, aquella dulce conformidad de buscar en la apacible celda de un convento, la paz y el sosiego que anhelaba mi quebrantado espíritu.

Elena

—¿Nosotros?.

Margarita

—¡Si! todos; Fernando con sus ironias y consejos mis padres con sus congojas y caricias; Luis y tú con vuestro amor humano tejisteis la red, donde quedó sujeta, esfumándose después, la vocación precisa para aislarme y disfrutar de la mezquina dicha que soñé, viviendo en el mundo ideal de los recuerdos. (pausa).

Aquella esperanza mia, hoy se ha hecho imposible porque él, sufre, él es desgraciado; tiene en sí todas las angustias del vencido y por eso, mi amor hácia él es mas grande, se agiganta, se eleva en proporción a sus dolores; quiero como él y sin que él lo sepa, gustar de ese caliz de hiel, que no tiene fondo, en el que se destilan todas las amarguras de una vida rota; ¡lo único que le ha devuelto esa humanidad egoista a la que sirvió los expléndidos festines de su alma generosa.

Elena

—¡Oh! Margarita. ¡Que dolor tan sublime el tuyo! ¡Si supiera el corazón que late por él!...

Margarita

—Si lo supiera, tal vez me moriría de vergüenza. Ya no aspiro a conquistar su cariño; hablando con él estos dias me convencí que estaba muy lejos de nosotros, de mi...

Elena

—¡Si! lejos, lejos...

Margarita

—(Con viveza) ¿Lo sabes?. Dí...

Elena

—Luis me dijo algo, que le ve triste, como deseoso de abandonarnos.

MARGARITA

—¡Marcharse otra vez! A seguir el martirio por sus ideales; a dejar las últimas flores de su corazón entre las espinas de tantas ingratitudes.

ELENA

—¡Pero Luis se lo impedirá!, me lo ha prometido.

MARGARITA

—¡De que nos servirá tener su cuerpo! Coje un ruiseñor que haya cantado libremente sus amores y enciérrale; aunque de oro sean los barrotes de su prisión, su garganta no volverá a modular los dulces trinos conque alegró la umbria!... ¡plegará sus alas y morirá!... Lo mismo Alberto... Alma que se aprisiona, alma que muere.

ELENA

—Entre todos sabremos tejerle una cadena de flores... ¡quien sabe!... espera, espera.

ESCENA IV

(Las mismas: Fernanda y Alberto 2.ª derecha)

FERNANDO

—(A Alberto) Aquí tienes las dos mas bellas rosas del jardin.

ELENA

—Raro seria que no tuviera usted guardando algún piropo.

MARGARITA

—(Estrechando la mano de Alberto y Fernando) Y estaria reventando por soltarle.

ELENA

—(A Alberto) ¿Como te encuentras?.

ALBERTO

—¡Bien!. Fernando, que sabe mucho de estas cosas así lo afirma.

MARGARITA

—¡Cuanto me alegro!.

FERNANDO

—¿De que lo afirme yó, o de que esté bueno él?

MARGARITA

—¡Es igual!. Cuando usted lo afirma, seguridad completa.

FERNANDO

—¡En paz del piropo de antes!.

ELENA

—(Riendo). Hay que reirse de sus ocurrencias, Fernando.

FERNANDO

—Como que me horripilan las tragedias!.

ALBERTO

—¡Feliz tu que sabes hacer reir!.

FERNANDO

—¡Desdichado tu que solo sabes hacer llorar!. Si en mí consistiera, desterraría del diccionario la palabra sufrir y la conservaria en el de voces raras, para que las generaciones futuras supieran que existió.

MARGARITA

—¿Que seria este mundo, si todos tuvieramos el carácter de usted Fernando?.

FERNANDO

—Lo que debiera ser; un paraiso, en el que por ley primordial pondria esta; Artículo único: Serán calificados de

tontos y convenientemente aislados, los que sin necesidad alguna, se procuren penas y encima quieren hacer partícipes de ellas a los demas.

ALBERTO

—Entonces seria una sociedad que tendria por determinante el egoismo.

MARGARITA

—O la hipocresía.

FERNANDO

—Y, ahora ¿que es?. Un cúmulo de fasedades, en la que cada cual mentimos a nuestro placer, para aparentar lo que no somos y el que gallardamente quiera romper esos moldes estrechos en que vegetamos y salga a la defensa de una idea que pueda redimirnos, o se le crucifica como a un sublime Jesús de Nazareth o se le ridiculiza y apalea como a un caballeroso Quijote de la Mancha.

ALBERTO

—¡Y crees preferible ser un Judas Iscariote o a lo menos un Sancho Panza!.

FERNANDO

—¡Psch!... Lo preferible es que dejemos a los filósofos que discutan acerca de tan intrincado asunto y mientras ellos se ponen de acusrdo, hagamos nosotros el bien por el bien mismo; ahorremos dolores a nuestro semejantes, aunque para ello tengamos nosotros que sufrirlos, pero sin amargarles el beneficio con lamentaciones, ni procurarles mayor daño con nuestro inconsciente proceder.

ALBERTO

—¡Mundo de ensueños que solo la fantasia puede concebir!.

ELENA

—Pero de idea muy nobles.

ALBERTO

—Que no pueden practicarse.

MARGARITA

—¡Quizás, sí!.

FERNANDO

—Tiene razón Margarita; quizás se practiquen.

ALBERTO

—No sé de ningún caso...

FERNANDO

—No es tan fácil presentar ejemplo; su mayor virtud, está en que esas obras se realicen ocultamente.

ELENA

—Lo contrario no sería virtud, sino vanidosa obstentación.

ALBERTO

—(Excitado) Pues con vanidad o sin ella, las ideas de redención y libertad, siempre se abriran paso.

FERNANDO

—La ambición y la deslealtad se lo cierran. ¿Que te ha ocurrido a tí mismo?... Al principio, cegaron tus ojos el brillante oropel de las alabanzas que te prodigaban los que te creyeron instrumento de sus ambiciones. ¡Gran jugada! Pensaron dominar al padre, arrebatándole el hijo; no lo consiguieron y entonces se vuelven contra tí, te increpan, te ridiculizan y cuando quieres buscar mas ancho campo lejos de tu patria, encuentras odio en vez de amor, deslealtades y traiciones en vez de fraternidad; creéme Alberto, no es en una hora ni con una vida con lo que se lograrán tus hermosos ideales. ¡Cuestión de muchos siglos y de muchas vidas!. Nosotros, apenas si percibimos el alborear de esa aurora. ¡Nacimos demasiado pronto!.

ALBERTO

—(Pensativo) Es verdad...

ESCENA V

(Dichos y una doncella).

DONCELLA

—(Por la izquierda) ¿Los señores tomarán el té en la terraza o en el gabinete?.

ELENA

—Vaya preparándolo, que ya avisaremos (sale criada). Voy al jardín a preguntarles donde quieren que se les sirva.

FERNANDO

—Y yo a saludar a esos señores; ¿vienes, Alberto?.

ALBERTO

—No; despues; estoy fatigado.

FERNANDO

—(Aparte a Alberto) Recapacita en lo que te he dicho. La felicidad no hay que buscarla lejos; tal vez la tengas al alcance de tu mano.

ALBERTO

—¡Imposible! (Sale Fernando foro).

ESCENA VI

Margarita (que hace medio mutis foro) y Alberto.

ALBERTO

—¿Te vas tambien Margot?.

MARGARITA

—Se que te place quedarte a solas con tus pensamientos; temo molestarte...

ALBERTO

—¿Has podido creerlo?.

MARGARITA

—Si no es así...

ALBERTO

—Al contrario; tu presencia y tu voz, son para mí como el oasis para el que viaja por un desierto... acércate.

MARGARITA

—(Mimosa) Te advierto que me das un poquitín de miedo...

ALBERTO

—Tales cosas te habrán contado de mí...

MARGARITA

—Nadie me dijo nada; yo las supuse...

ALBERTO

—¿Y como me juzgabas?.

MARGARITA

—Como muy malo.

ALBERTO

—¿Malo?.

MARGARITA

—¡Rematadamente malo!

ALBERTO

—(Riendo) A ver; cuenta, cuenta.

MARGARITA

—¿Para que? seria remover heridas aún no cicatrizadas.

ALBERTO

—Entonces no justificas esa maldad de que me acusas. A uno se le ocurre decir, «ese es malo», y ya todo repiten como un eco, es malo, es malo.

MARGARITA

—Mira; desde tu marcha de casa, una ráfaga de tristeza se cernia constantemente sobre nosotros; tu padre se fué a vivir con los mios; revestido de una heróica dignidad, no consentía que se pronunciara tu nombre aunque en el corazón de todos estuviese. De dia en dia el decaimiento iba haciendo presa en él, pera jamás salió de sus labios ni la mas sencilla queja, ni el mas leve reproche para tí, ¡se consumia con su dolor y aparentaba no tenerlo!.

¡Era una severa actitud que partia el alma!.

Una mañana, al pasar por su cuarto, sentí como un sollozo; ¡era él, que en su soledad daba rienda suelta a su amargura!. Allí, cuando creia que nadie podía oirle sollozaba y escuché, entre otras frases entrecortadas, estas: ¡Alberto! ¡Alberto! ¡hijo mio!... ¿Dime tu si puede ser bueno quien causa tal pena?.

ALBERTO

—¡Calla!, calla por Dios, Margarita.

MARGARITA

—Despues... supimos que te marchabas lejos de tu patria, a Londres, a Paris y entonces nuestra angustia fué mayor. ¿Quien podria acudir en tu ayuda, si fuera preciso?.

ALBERTO

—Nunca la solicité.

MARGARITA

—Es cierto; ¡y eso nos ha costado tantas lágrimas!

ALBERTO

—¿A tí tambien, Margarita?.

MARGARITA

—A mi, si; ¿porque no? ¿no eres como un hermano mio?.

ALBERTO

—¡Si! ¡Hermano!, hermano...

MARGARITA

—¡Figúrate que dolor! ¡Que horribles pesadillas! Te veia en mis sueños, rodeado de muchas personas, que tenian caras feroces, las manos levantadas al alto, como en constante imprecación y tu enmedio, un Alberto que no tenia de tí mas que los ojos, pero brillantes como ascuas de fuego y con los puños crispados sobre tu cabeza de enmarañados cabellos, les incitabas a la rebeldía... ¡que horror! (pausa). Luego, nos dijeron el éxodo por ti recorrido; las defecciones de los mismos que defendias...

ALBERTO

—Dí, mas bien, las traiciones.

MARGARITA

—Solo nosotros seguíamos queriéndote como antes, como siempre. Yo, todas las noches dedicába a la Virgen una oración por tí.

ALBERTO

—(Irónico) Para que me arrepintiera?.

MARGARITA

—O para que triunfaras, si en eso consistia tu felicidad.

ALBERTO

—Perdóname, Margarita, perdonadme todos, lo malo que fui con vosotros.

MARGARITA

—¡No! ¡Pero si ya no nos acordamos de nada! fué un sueño, una pesadilla, que no ha de repetirse ¿verdad?

ALBERTO

—¡Un sueño! (transición).

MARGARITA

——Mientras estuvistes enfermo leí ese libro, que está ahí encima (señalando el velador) y me gustó tanto...

ALBERTO

—¿Mis versos?. Mis pobres versos, estrofas sangrantes de un alma dolorida.

MARGARITA

—¡Son tan bonitos! Pero hay uno que me parece le falta algo, así como un final, una moraleja... no sé.

ALBERTO

—¿Cual?.

MARGARITA

—Aquella poesia que empieza:

Érase un pajarillo, gran parlero...

ALBERTO

—A ver (Intenta levantarse para recojer el libro que está encima del velador)

MARGARITA

—(Deteniéndole). No hace falta; lo leí tantas veces que lo aprendí de memoria.

ALBERTO

—¿De memoria?.

MARGARITA

—Si; oye:

Érase un pajarillo, gran parlero
que tuve en una jaula prisionero.

—

Él, alegraba con sus dulces trinos,
horas amargas de la vida mia,
con acentos melódicos, divinos,
consuelo a mi dolor, siempre ofrecia.

Su prisión, mas que cárcel, vergel era
que yo quise adornar de bellas flores,
pretendindo ¡infeliz! que no sintiera
del triste cautiverio, los rigores.

¡Empeño inutil! Con ardiente anhelo
ve tras la reja el anchuroso espacio,
y es su ilusión tener, por patria el cielo
y algún rosal florido por palacio.

Al fin logró su anhelo, porque un dia,
para que el sueño en realidad convierta,
compadecido ya de su agonia
la puerta de la jaula dejé abierta.

Cruzó el espacio y se creyó dichoso;
sobre una rama su placer anida,
y allí lanza su cántico armonioso
¡canto a la libertad! ¡canto a la vida!

Pasó la primavera con su aroma,
pasó el verano y el otoño breve;
el invierno cruel, su garra asoma
y sepulta las flores bajo nieve.

Una noche que ruge el cierzo helado,
en mi ventana se escuchó un gemido,
era un triste piar, acongojado
del pájaro infelíz, que torna herido.

En vano le cuidé con gran esmero
no hay salvación, si el desengaño hiere
¡y el pobre pajarillo, gran parlero
sobre las flores de su jaula, muere!.

ALBERTO

—Esa es; la misma ¡buena memoria tienes!.

MARGARITA

—Pero como te dije, el final me parece incompleto, falta algo que dé mas fuerza al pensamiento, que lo relacione con el vivir humano.

ALBERTO

—No sé...

MARGARITA

—He pensado tanto en ello, que me parece lo he encontrado.

ALBERTO

—¿Tu?.

MARGARITA

—¡Si! , verás...

Yo sé de un corazón, bueno y sencillo,
que le ha ocurrido igual que al pajarillo.

¿Que te parece?.

ALBERTO

—(Levantándose bruscamente) Que es muy poético, muy sentimental, pero ilógico, sin realidad que lo avalore; una moraleja que no se aviene con el sentir del autor de la poesia.

MARGARITA

—¿Cual, entonces?.

ALBERTO

—¿Quieres saberlo?

MARGARITA

—¡Si!

ALBERTO

—Escucha:

Si otra vez ese pájaro naciera,
por ser libre, otra vez su vida diera.

MARGARITA

—(Aparte; con sentimiento) ¡Siempre el mismo; no tiene redención. (Por foro rumor de voces de Don Mariano y Don Miguel).

ALBERTO

—(Marchando pausadamente hácia 2ª derecha, por donde sale).
Yo sé de un corazón, bueno y sencillo
que le ha ocurrido igual que al pajarillo,

MARGARITA

—(Con angustia) Si otra vez ese pájaro naciera
por ser libre, otra vez su vida diera.

ESCENA VII

(Margarita, Don Mariano y Don Miguel que regresan del jardín)

DON MIGUEL

—Es una temperatura deliciosa la que se disfruta en el jardín.

DON MARIANO

—El único sitio en que me encuentro distraido y en el que parece adquiero mis perdidas fuerzas.

DON MIGUEL

—Como que no hay nada en el mundo tan higiénico como respirar a pleno sol, gozar de la Naturaleza y no tener mas compañeros que los pájaros y las flores.

DON MARIANO

—De acuerdo; las aves nos alegran con sus trinos y

las flores nos embriagan con sus perfumes.

DON MIGUEL

—Y son mejores que los hombres; nos regalan canciones y aromas sin interés.

DON MARIANO

—Son expontáneas y no buscan el lúcro.

DON MIGUEL

—Cierto.

MARGARITA

—(Despues de saludar a D. Mariano). ¿Van ustedes a tomar el té aquí?.

DON MARIANO

—Si.

MARGARITA

—Pues en seguida. (Sale 1ª izquierda)

DON MARIANO

—Sentado en el banco del cenador contemplo embelesado a mi nietecillo, y me olvido de mis amarguras, de mis contrariedades, de la conducta de Alberto, de todo.

DON MIGUEL

—A propósito de tu hijo; nunca agradecerás bastante el proceder caballeresco de Fernando.

DON MARIANO

—Cien vidas que tuviése las daria gustoso por tan cariñoso amigo. Ha sido para Alberto su verdadero salvador. No lo dejó nunca en los momentos de peligro, haciéndole retroceder de sus planes maquiavélicos a fuerza de exhortarle con sanos consejos y afectuosas amonestaciones.

Don Miguel

—¡Ya ves! cuando supo que estaba en París atravesando una situación difícil, le faltó tiempo para abandonar su clientela y marchar precipitadamente en su ayuda.

Don Mariano

—Gracias a sus nobles rasgos, hoy día lo tenemos en Madrid: y no alejado de la familia, si no en esta casa de su hermana Elena, que lo cuida y lo mima para atráerlo, para retenerlo, para conseguir que no piense, cuando esté bueno, en volver a marcharse.

Don Miguel

—Siempre creí y no me engañé, que Fernando era un espíritu algo excéptico, pero en el fondo guarda un corazón generoso.

Le protejí por amistad estrecha con su padre, al quedar huerfano, y supo corresponder con su aplicación y su reconocimiento.

Don Mariano

—Créeme, Miguel, las buenas obras siempre obtienen justa reconpensa.

Don Miguel

—Lo importante es, que Alberto se ponga bien definitivamente y que logremos, entre todos, su regeneración.

ESCENA VIII

(Dichos, Doña Soledad, Elena, Luís y Fernando; Margarita entra y sale durante la escena, por 1ª izquierda sirviendo el te y atendiendo a todos: despues Alberto).

Doña Soledad

—Es una monada esa criatura; un angel de consuelo

que enjuga nuestras lágrimas con su mirada de angel y su dulce sonrisa.

LUIS

—¡Como se conoce que eres su abuela!.

ELENA

—Tiene razón tu madre. Es un encanto. ¿No es verdad, doctor?.

FERNANDO

—Quien lo duda. Bien orgullosa puede V. sentirse de ser su madre.

DON MIGUEL

—(A Fernando) Y tu, ¿no tienes envidia a estos padres felices?.

DON MARIANO

—Me parece que nuestro amigo no piensa en cambiar de estado. Le gusta demasiado la libertad de soltero.

LUIS

—El dia que menos lo esperemos, nos sorprende diciendo que está locamente enamorado.

ELENA

—No seria ninguna locura.

DOÑA SOLEDAD

—Ni mucho menos. Un hombre joven, con buena posición y brillante porvenir no necesita hacer oposiciones.

DON MIGUEL

—¡Quia!, en las elecciones de mujer própia le darian el acta como a varios diputados, por el artículo 29.

FERNANDO

—Veo que están de buen humor y lo celebro, pero no he pensado en dejar de ser célibe, por lo mismo que admiro a la mujer, temo no encontrar mi media naranja...

DON MIGUEL

—O que te resulte un limón ágrio.

ELENA

—El mérito de los hombres consiste en saber elejir la fruta sazonada.

DOÑA SOLEDAD

—Y el nuestro, en evitar que se halle pasada, la que nos ofrecen y aceptamos.

DON MARIANO

—El casamiento es el gran problema de la humanidad. Es el acto mas trascedental y hay que pensarlo y meditarlo, para encontrar la felicidad que se busca, al constituir un nuevo hogar.

DON MIGUEL

—Para mí, guarda una relación de semejanza con las operaciones bursátiles.

FERNANDO

—Usted no olvida nunca que es banquero.

DOÑA SOLEDAD

—Tu siempre has de ser excéntrico en tus cosas.

LUIS

—Cada uno tiene su opinión própia.

DON MIGUEL

—Oigan ustedes mi símil. El matrimonio, es la «cuenta corriente» en el libro de la vida del hombre. El marido, es el «cupón», que paga los «intereses». La esposa, es una «letra a la vista» que no puede «endosarse». Los hijos son «los vencimientos a fecha fija» que admiten «renovación anual». Y la suegra, es el terrible «protesto» por falta de aceptación en el domicilio conyugal.

FERNANDO

—¡Bravo, D. Miguel!.

DON MIGUEL

—No he concluido.

LUIS

—Sigue, papá.

DON MIGUEL

—Para ser dichoso un marido, ha de impedir que ningún amigo le ponga el «conocimiento», porque eso es hipotecar su honor; todas las «operaciones» ha de realizarlas a «crédito personal»; y si la honra de su hogar está garantida, será un excelente «tenedor de valores», y un buen «cuentadante» que evitará las salidas de su esposa, aumentará sus intereses e ingresos y siempre en sus «balances» matrimoniales «saldará» con un alza a su favor, en el Banco de la Felicidad.

ELENA

—Hay que confesar que es muy ingenioso. (Todos rien). (Alberto entra 2: derecha y al verle, cortan la expansión).

ESCENA IX

Dichos y Alberto

FERNANDO

—La paradoja es mas profunda de lo que parece.

ALBERTO

—(Aparte). Ya acabé su alegria con mi presenci; soy una nube negra en un cielo azul.

FERNANDO

—¿Vienes a tomar el té con nosotros?.

ALBERTO

—No, vengo a recoger un libro que dejé olvidado (recoge el libro; saliendo, (aparte). ¡Soy el que estorba!.

ESCENA X

DON MARIANO

—¡Acabará por quitarme la vida!.

DON MIGUEL

—Y ¿continua mejorando?.

FERNANDO

—Ya puede asegurar con inmensa satisfacción, que se encuentra bien de su dolencia física.

ELENA

—¿No curará de su enfermedan moral?.

LUIS

—Tambien, Elena; no te apures.

FERNANDO

—No tardará mucho tiempo: Yo confio en la redención de su alma, porque Alberto es un cerebro fuerte que responde a la adaptación de un buen plán; no me asusta; de las tinieblas de su pensamiento brotarán fulgores, como el relámpago surge de la nube tenebrosa.

Hay en su alma un fondo noble, que en un momento dado, se rendirá debidamente.

MARGARITA

—Muy bien, Fernando, me parece que V. ademas de ser un médico de fama resulta un psicólogo profundo que sabe expresar sus ideas en forma poética.

FERNANDO

—El elógio inmerecido que debo a su bondad, lo agradezco doblemente; por dictarlo un corazón que sufre y haberlo oido de labios de usted.

MARGARITA

—Muchas gracias.

FERNANDO

—La imaginación de Alberto parece a muchos exaltada, cuando no incomprensible; y es,en mi humilde concepto, que hay pocos como él, tan enamorado de sus ideas.

Sus libros, sus artículos, son desbordamientos de un espíritu grande y entusiasta que lucha por lo imposible como el naúfrago en el mar lucha por su vida. Palpitan en sus escritos pensamientos audaces, pero están revestidos de una ternura original, de una percepción delicada que cautiva y de un misterio profundo que conmueve.

DON MIGUEL

—Creo que ya ha demostradp sus conocimientos de alta filosofia, y francamente no estamos en el Ateneo.

DON MARIANO

—Yo le escucho con amor de padre y afirmo que está en lo cierto. ¡Pobre hijo mio!.

DOÑA SOLEDAD

—Vamos al jardin y aprovechemos el último rayo del sol de la tarde.

ELENA

—Vamos, Luis. (Se levanta).

LUIS

—(A D. Mariano) No hay que dejarse abatir; Alberto saldrá de su nostalgia y volverá con todos a gozar de la vida.

FERNANDO

—No pierda V. la esperanza; hay medicinas que hacen milagros. (Salen todos foro, menos Margarita y la doncella que recogen el servicio de té, entrando y saliendo por la izquierda).

ESCENA XI

Alberto y Margarita

(Durante un momento que queda sola la escena, sale Alberto por 2 dra. lleva un paquete de libros bajo el brazo y el sombrero en la mano; se dirige al barandal desde donde aparente indagar las personas que hay en el jardín; queda un momento con la mano en los ojos, como el que llora; Margarita que desde 1 izquierda le vé, se dirige silenciosamente a la 2 de la izquierda, delante de la cual se coloca).

ALBERTO

—(Como el que toma una resolución) Esa será mi penitencia. (Al dirigirse 2 izquierda; queda sorprendido). ¡Margarita!.

MARGARITA

—¿Donde vas, Alberto?, ¡te marchas!. No lo niegues; te vi andar con el cuidadoso silencio del que va a cometer una mala acción.

ALBERTO

—(Resueltamente). ¿A que negarlo?; si; me voy. Estas paredes me asfixian, me ahogan; en esta inenarrable agonia no puedo vivir. ¡Déjame!.

MARGARITA

—(Llamando) ¡Fernando! ¡Luis!.

ALBERTO

—No llames, porque es inútil; nada me detendrá.

MARGARITA

—(Separándose de la puerta y mostrándosela a Alberto) ¡Vete!.
¡Por ser libre, otra vez su vida diera!.

(Fernando está presenciando la escena desde el rompimiento foro).

ALBERTO

—No quiero esa libertad para mí, sino para vosotros; huyo como un cobarde para librares de esta sombra negra, de mí, al que no teneis mas cariño que el que puede ofrendar la compasión.

MARGARITA

—¡Dios no quiere que caiga la venda de sus ojos!.

ALBERTO

—Todos teneis ese afecto, ese cariño, ese amor que a mi me falta y que a mí solo ofreceis como de limosna. ¡Con solo mi presencia entristezco todos los corazones!; hasta el niño ¡inocente! comprende que soy una rémora para la felicidad de esta casa y mientras que a todos os tiende sus bracitos y recompensa vuestras caricias sonriendoos, conmigo se pone hosco, llora, no me reconoce y sin palabras me arroja de esta casa.

MARGARITA

—¡No es cierto!

ALBERTO

—Huyo tambien y no quiero marcharme sin que lo sepas, porque en mi cerebro fulguró un instante un sueño de color de rosa, que hacía palpitar con violencia mi corazón: sueño que al no poder realizarse causaría mayor tristeza a todos.

MARGARITA

—¿Soñaste?

ALBERTO

—Soñé que el amor de una mujer santa, me redimía y al despertar a la realidad y comprender lo imposible de mi locura, quise evitaros, huyendo, un nuevo pesar.

MARGARITA

—¡El amor de una mujer!.

ALBERTO

—Que no sabrá nunca, nunca, la pasión que ha despertado en mí. Terrible crueldad seria decirlo.

FERNANDO (presentándose en escena)

—Yo lo diré.

ALBERTO

—¿Tu?.

FERNANDO

—Esa mujer es Margarita de Guzmán.

MARGARITA

—¿Yo?.

ALBERTO

—¡Calla!

FERNANDO

—Y diré mas: Margarita de Guzmán adora a Alberto de Hinestrosa.

ALBERTO

—¿Que dices? ¿Eso es cierto?.

FERNANDO

—¿No está presente a quien pudieras preguntarlo mejor que a mi?.

ALBERTO

—¿Es verdad, Margot? ¿Es verdad que ante la noche negra de mi alma, puede surgir un explendoroso sol de ventura,

MARGARITA

—¡Oh! ¡Si! Alberto.

ALBERTO

—(Estrechando entre sus brazos a Margarita). Tenias razón, Fernando, al decirme: no busques tu redención muy lejos... cerca... cerca está y ya lo ves... El amor me redime.

FERNANDO

—Y al hablarte así, a ella me referia. Conociamos su amor hacia tí.

ALBERTO

—Nada me digisteis.

FERNANDO

—Porque tu espiritu de independencia lo hubiera juzgado una imposición y tal vez lo hubieras rechazado.

MARGARITA

—Gracias, Fernando, a V. debemos nuestra felicidad.

FERNANDO

—¿Pero no vais a llevar ese rayo de alegria a los que por tí tanto sufren?.

MARGARITA

—Si, vamos, vamos. (Llevando a Alberto de la mano, hacia el foro por donde salen) ¡Mamá! ¡Elena! ¡D. Mariano! ¡Alberto se queda! ¡es nuestro! es nuestro.

ESCENA ULTIMA

FERNANDO

(Se sienta sollozando) ¡Margarita! Nunca sabras este amor inmenso que abrasó mi pecho. (Reponiéndo e) A no desfalle-

cer en estos momentos de angustia. A ocultar, ahora mas que nunca, esta pasión que fué esencia de mi vida (como hablando con su corazón) ¡corazón mio, has pagado una inmensa deuda de gratitud! Has sacrificado tu felicidad en aras del reconocimiento. Si a ellos les redime el amor ¿a ti, corazón mio, que siempre sin amor has de vivir, quien podrá redimirte? (Levantándose:) Mi voluntad (dirígese rompimiento foro).

TELON

FIN DE LA COMEDIA

Revistas publicadas por la prensa de Las Palmas, con motivo del estreno de esta obra.

"LA MAÑANA"

En el Teatro "Pérez Galdós"

LO QUE REDIME

Félix Navarro Nieto es el autor de la comedia que lleva ese título.

Las condiciones del Sr. Navarro Nieto han sido para nosotros una revelación, aunque le tratábamos de hace tiempo, y conocíamos sus aficiones mas que nada, a la poesia. Pero no habiamos podido apreciarle en su cualidad de comediografo.

Hemos de decir toda la verdad para que valga el elogio. De lo contrario, estas líneas parecerian nacidas del afecto de amigos y compañeros.

En el primer acto, aparece Alberto, hijo de un rico industrial, socialista de ideas y enamorado de Margarita, que tambien lo está de el, aunque no lo saben, ni se lo comunican. Ella quiere profesar en un convento, de pura contrariedad. El, y para nosotros esta es la obra, lleva la defensa de sus ideales hasta el punto de oponerse a los desplantes de su padre, que quiere cerrar la fábrica y expulsar a los obreros porque le piden aumento de salario y rebaja de horas de trabajo. Hermoso acto, en que se inicia una lucha, que impresiona vivamente: un hijo que desobedece a su padre, por defender a los suyos, a los que sufren, a los humildes. Los que le rodean le consideran loco. Margarita es la única que lo comprende y lo ama en secreto.

La impresión del público al bajar el telón es muy grande. Se aplaude mucho, el autor sale a escena, y recibe muchas y calurosas felicitaciones.

Segundo acto. Alberto ha ido de viaje, ha sufrido mucho, y ha regresado enfermo a casa de una hermana casada. Su tristeza constante preocupa hondamente a su padre. Por su parte, Margarita, que desistió de ser monja, sufre tambien. En escenas llenas de ternura y poesia dejan entrever la profunda pasión que les domina. Ella sorprende una poesia de Alberto, admirablemente escrita y admirablemente dicha por la Sta. Abadia. El público aplaude mucho.

Siguen escenas de familia, y uno de los personajes define el matrimonio y lo compara con operaciones bancarias. El público rie la ingeniosa comparacion, La obra termina, entendiéndose los enamorados.

***

En el primer acto de la comedia se plantea una lucha de ideas; presta realce a esta disparidad que sean padre e hijo los que la sostienen. ¿Porque esta lucha no se acentúa en la obra? No lo sabemos. Esperábamos que el segundo acto fuese el desarrollo, de ese conflicto. El autor ha preferido derrotar a Alberto, y llevarlo, enfermo y desengañado, al fondo del hogar de su hermana. Para nosotros, ese es el tercer acto de la obra; falta el segundo. La obra hubiere adquirido entonces mucha íntensidad.

Pero esto que decimos pretendiendo tener autoridad de criticos, puede que sea una vulgaridad. ¿Porque empeñarnos en que la obra sea a gusto nuestro, y no de otros? Téngase, pues, por no dicho, y confesamos lo que anduvo en boca de todos. Que la obra está delicadamente escrita y que sus escenas se mueven en un ambiente de poesia y ternura, que dejan en el ánimo honda impresión. Algunos consideran inverosimil que Alberto y Margarita se amaran tanto tiempo sin comunicarselo. !Pero si el mayor encanto de la pasión, está en ocultarla, en sufrirla y devorarla en silencio. El amor que habla, casi no lo es; si es correspondido, terminó para siempre.

Resumen. La obra revela en el Sr.

Navarro extraordinarias facultades; mas que nada es un poeta. Le falta quizas lo que llaman tecnica teatral; el arte de engañar al público.

Esto se aprende con la práctica. Lo esencial es hacer cosas bellas, y de estas encierra bastantes la obra de anoche.

Un abrazo muy estrecho al autor y un aplauso muy entusiasta a la señorita Abadia, qué puso toda su gran alma de artista en aquellas filigranas de la obra.

"LA PROVINCIA"

En el "Perez Galdós"

LO QUE REDIME

Anoche se estrenó la comedia en dos actos «Lo que redime» de la que es autor D. Félix Navarro, habiendo colaborado en ella D. Rafael Abellán conocido de nuestros lectores por el pseudónimo «El Brujo de Las Palmas».

Por tratarse de íntimos amigos y queridos compañeros y ante el temor de que se nos suponga apasionados, prescindimos en absoluto de emitir nuestra opinión y juicio, haciendo constar unicamente que el público aplaudió con entusiasmo, obligando a salir a escena al autor presente, tres veces en el primer acto y cuatro en el segundo, siendo ovacionado.

"EL DIARIO DE LAS PALMAS"

Desde la butaca

EL ESTRENO DE ANOCHE

«Lo que redime» es el título de la comedia en dos actos, original de nuestro compañero el redactor de «La Provincia», D. Felix Navarro Nieto, estrenada anoche en el «Pérez Galdós».

La obra impresionó gratamente al público, pues desde el primer acto obligó al autor a salir varias veces a escena.

«Lo que redime« es el amor.

«Amor, eterno amor, alma del mundo», que dijo el poeta. Los espectadores siguieron con interés y curiosidad el desenvolvimiento de la acción. Las escenas, habilmente enlazadas dentro de la unidad del pensamiento central, tiene animación y el diálogo se desliza agil y facil.

La preciosa poesía de sentido símbólico del segundo acto, fué muy aplaudida. La Srta. Abadia la recitó con delicadeza y sentimiento.

Al terminar la obra repitiéronse los aplausos al autor, saliendo nuevamente al palco escénico el Sr. Navarro, quien, por el éxito de anoche, ha recibido muchas felicitaciones, a las que unimos nuestra enhorabuena.

"EL DIA"

Teatro Perez Galdos

Anoche se puso en escena la interesante obra «Lo que redime», trabajo del oficial de Administración militar, nuestro estímado amigo, D. Felix Navarro Nieto.

Esta obra por su sencillez, por su trama bien planeada y su buen efecto escénico, la aceptó el público que premió a su autor con repetidos aplausos, llamándole a escena donde fué ovacionado.

El desempeño de la obra estuvo muy bien. Todos trabajaron con empeño y conociendo su cometido.

La Srta. Abadia fué ovacionada especialmente en el recitado.

